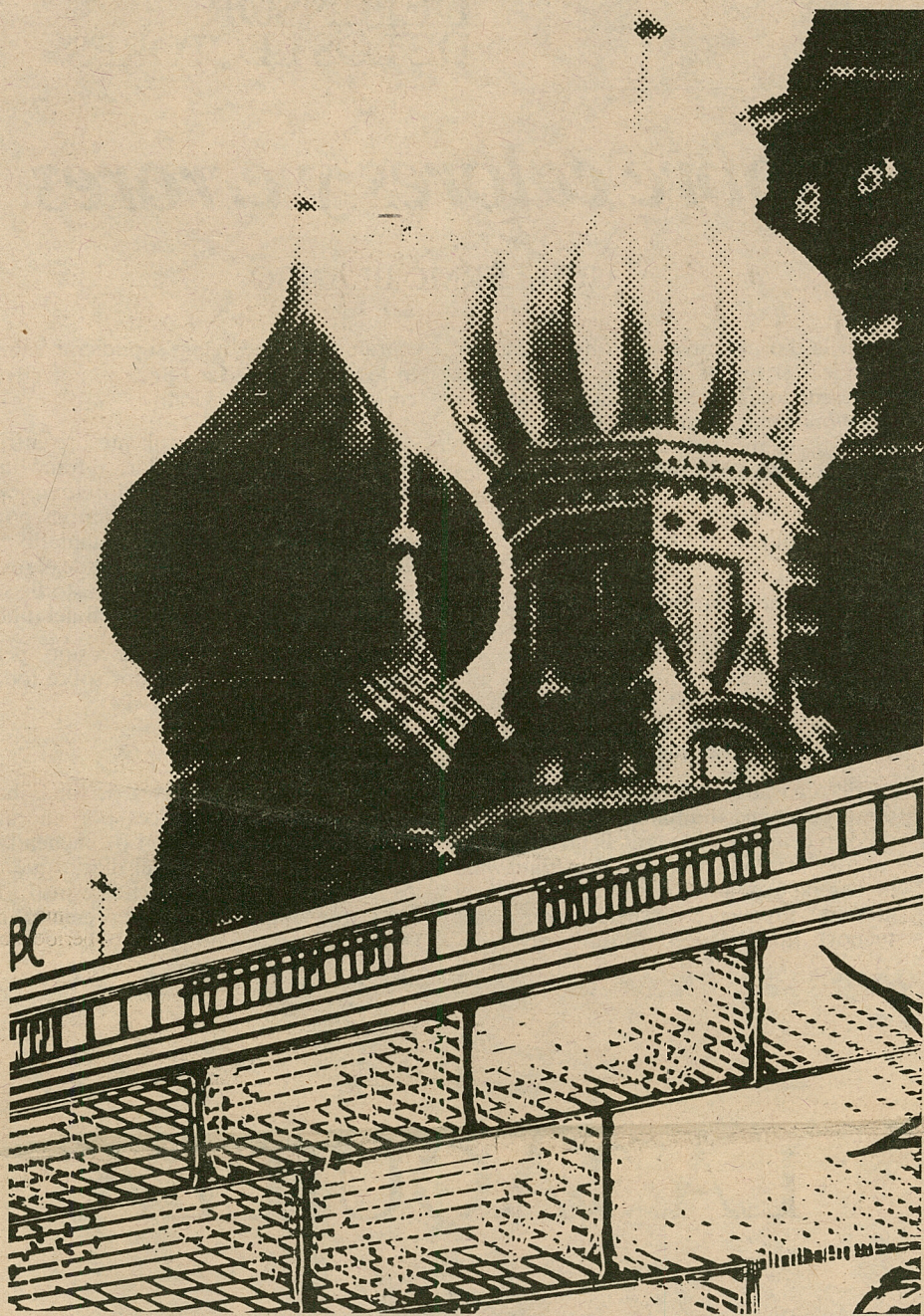


BITACORA

801-1

¿Por quién doblan las campanas de la izquierda?

ASCANIO CAVALLO



La intempestiva y violenta crisis de la Unión Soviética ha producido no sólo el reordenamiento estratégico más radical del último medio siglo, sino, sobre todo, la conmoción ideológica más profunda. Se trata de un fenómeno de magnitudes todavía incalculables, que exigirá a todos los sectores revisar con cuidado sus análisis y sus cálculos para el futuro.

Por ahora, la explosión ha sacudido principalmente a la izquierda, y a todos aquellos sectores a los que, de manera vaga y más bien conservadora, se ha llamado "progresistas". Porque, después de todo, lo que entró en un vertiginoso estado de descomposición a partir del intento de golpe de Estado contra el Presidente Mijail Gorbachov ha sido una concepción del progreso, una manera de ver y afrontar el desarrollo humano.

No hay víctima más resonante en este fenómeno que el Partido Comunista soviético, encarnación activa del poder ejercido bajo la certeza de estar siguiendo el inexorable rumbo de la historia, que — como en las tragedias de los reyes de la antigüedad— descubre en un recodo del camino ya no sólo el error sistemático, sino también la soledad. La caída del PCUS ha arrastrado no tanto a los comunistas del mundo —que posiblemente lo seguirán siendo—, sino a sus posibilidades de crecer al amparo de un modelo vigente, creíble y eficiente.

Para el PC chileno, el asunto ha sido trágico.

Desde luego, en términos emocionales: toda una generación de entre sus filas creció admirando a la "patria socialista", al modelo que había saltado desde la miseria zarista hacia la carrera espacial, a los héroes templados en la defensa antifascista y a los políticos sagaces que forjaron un imperio. Hoy esos comunistas, que ya sintieron el primer desgarramiento al contemplar la progresiva desmitificación de Stalin, han llorado ante los vejámenes contra Lenin, Brezhnev y el propio Marx. La iconografía que parecía de hierro se ha deshecho desoladoramente a través de la TV.

Para estos comunistas más tradicionales, que se ponían en guardia cada vez que había alguna insinuación contra la URSS (porque veían en ella la garra capitalista), las reformas de Gorbachov ya habían tomado un rumbo demasiado discutible y la evidencia de una crisis económica generalizada mostraba bien la peligrosidad de su experiencia. No es antinatural —como se ha llegado a decir— que la destitución de Gorbachov (o sea, la restauración del orden) fuese vista por estos militantes con simpatía. No es que estuvieran siendo "más ortodoxos" que Moscú: es que advertían la encrucijada en que se estaba poniendo a las concepciones tanto tiempo atesoradas por la Unión Soviética.

De hecho, en la reunión del Comité Central realizada el martes 20 de agosto (un día después de la asonada en Moscú, y un día antes de su fracaso), las posiciones no fueron unánimes. La idea de tomar cierta distancia del método del golpe, que predominó y se reflejó en la declaración

pública, fue resistida por algunos miembros; para ellos, la crisis estructural de la URSS no justificaba ninguna suerte de "neutralidad" del PC chileno, ninguna "toma de distancia", ninguna "actitud insolidaria"; por el contrario, exigía una defensa cerrada del camino socialista.

Algunas de las críticas que han llovido sobre el PC en estos días tienen el aire sospechoso de la profecía autocumplida; muchas de ellas desconocen la profundidad de la crisis para detenerse en la consecuencia política inmediata. ¿Es difícil

anunciar, por ejemplo, que al PC le será muy dura la campaña municipal, en la que estaba cifrando sus expectativas de mediano plazo?

Lo cierto es que los comunistas chilenos han tenido que trabajar con datos escasos en uno de los instantes más sombríos de la historia moderna. Además, soportando el peso de una vieja lealtad incondicional —vinculada a esa generación "histórica" de los años heroicos— que lo convirtió en una especie de sucursal del discurso moscovita. Es como si a uno

lo estuvieran operando del corazón y más encima le exigieran opinar sobre el asunto.

Pero, por otro lado, ¿quiénes de entre ellos podrían hablar con más soltura del fenómeno? Probablemente, las generaciones más jóvenes. No es un misterio que para ellas el PCUS era un objeto de crítica política (un tanto solapada, si se quiere) desde hace ya varios años. Tampoco lo es que el modelo cubano, con su pasión tropical y su indiferencia a la amenaza, capturó mejor la imaginación de estos sectores que la pesada y solemne estructura soviética.

El PC de los años 60 desconfiaba de Fidel Castro, de sus tentaciones guerrilleras y de sus excesos oratorios; el MIR, enemigo por definición de este PC tradicional, se sentía mucho más a gusto en los cuarteles de La Habana.

El PC de los 80, en cambio, modificó sus prioridades y sus cariños. Cuando la dirigencia interna en la clandestinidad se "rebeló" contra las directivas de la dirigencia en el exilio (moscovita), el mismo año 80, tuvo mejor acogida en Cuba que en la URSS. Toda su política de "rebelión" recibió más apoyo de La Habana que del desconfiado Kremlin.

Por eso, que el PC y otros sectores de izquierda más radical se concentren ahora, como se apreció ya esta semana, en la defensa de la revolución castrista, no es nada extraño.

El problema radica justamente en que los comunistas chilenos han representado a una porción de la población que ha creído ver en ellos un camino para luchar contra la marginación, la segregación política y el olvido social. Mientras su clientela tuviera esta composición, el PC tenía la obligación de actuar como un partido responsable, quizás con su propia disciplina y tal vez con esa mística que tan extraña suena desde fuera.

Como otros grupos de izquierda, podía canalizar (aprovecharse, dirán sus adversarios) la turbulencia que agita por la base a sociedades como la chilena, ese sordo rugir de la presión social al que una inteligencia tan sutil y penetrante como la de Gonzalo Vial ha descrito como un volcán, que de cuando en cuando echa su magma sobre la quietud de los satisfechos.

Seca esta vertiente, aplastada por el cambio histórico (y, por supuesto, también por su incondicionalidad y su silencio cómplice frente a mucha tropelía), ¿qué o quién se hará cargo del rugido?

Este punto es crucial. Extender el certificado de defunción del comunismo no es hoy día un gran riesgo político; quien descorcha la champaña sin pensar que esta muerte súbita puede crear un violento vacío en los difíciles equilibrios entre la política y la ebullición social, se expone en cambio a una bebida envenenada. El derrumbe soviético no anula a los comunistas —ya se las arreglarán ellos para seguir respirando—, sino que impone un desafío de gran magnitud a todo sistema político en el que hayan tenido presencia histórica.

Es muy pronto para decir, al menos en Chile, por quién doblan las campanas de la URSS. Pero se puede asegurar que no lo hacen sólo por la izquierda.

VIÑETA

Vive la France

La Crespa llevaba varios días alucinada con el caso Letelier, pero cuando apareció la historia de las estampillas de la Polinesia Francesa, cambió de tema:

—Qué país tan atroz de provincia no éste, Jorge, qué rasca ¿no?

—¿Por qué dices tú?

—¡Por este rollo de las estampillas de Isla de Pascua! ¡Arman una escandalera espantosa por una estampillita!

—¡Pero Crespa! ¡Es que en esa estampilla aparece la Isla de Pascua como parte de la Polinesia Francesa!

—Ay, pero ubícate. También han hecho estampillas iguales donde sale Nueva Zelandia y a nadie se le va a ocurrir que los franceses quieran apoderarse de Nueva Zelandia. ¡Te apues-

to que en Nueva Zelandia nadie se puso a patear, porque ese país será chico y todo pero es mucho más civilizado que éste!

—Mira, lo de la estampilla es un pelo de la cola, pero que los franceses le tienen ganas a la Isla de Pascua es la pura verdad. Jarpa tiene información secreta que lo confirma y además siempre andan rondando barcos franceses por ahí y todo.

—¿Y qué? La Isla de Pascua es chilena por pura cazuela, y para los pascuenses ser chilenos es una mala pata atroz, porque si fueran franceses la isla estaría llena de hoteles a todo trapo y clubes Mediterráneo y millones de turistas y lo pasarían bomba.

—¡Vendepatrias! ¡Secesionista!

¡Cismática! ¿Quieres que Chile se desintegre como la Unión Soviética! ¡A la próxima te pones a proclamar la independencia de Punta Arenas!

—Ay Jorge, no seas tonto. Mira, los pascuenses no tienen nada de chilenos, son polinésicos de sau sau con faldas de huiros colgando. Además que es lo más rasca que hay ser colonia de un país sudamericano y más encima subdesarrollado. ¡Mucho más *chic* ser colonia francesa, pues Jorge!

—Perdóname, la Isla de Pascua no es colonia chilena. Es Chile, ¡es parte de la Quinta Región!

—Ya. ¿Me vas a decir ahora que no hay ninguna diferencia entre la gallada de Isla de Pascua y la de Limache?

—Pero es que tú no entiendes nada

de geopolítica, no te das cuenta de la importancia estratégica de nuestro enclave en el Pacífico.

—No me vengas con esa, Jorge, por favor. ¿Acaso nos vamos a apoderar de Tahiti desde el aeropuerto de Isla de Pascua? ¡Además la geopolítica se terminó, pues Jorge!

—¿Cómo que se terminó la geopolítica?

—¡Claro! ¡Se acabó el comunismo! ¡Estamos todos en la misma onda del libre mercado! ¡Se acabaron las guerras, Jorge! ¡Ay, qué atroz!

—¿Cómo atroz?

—¡Es que todo da la mismo! ¡Ya no hay causas por qué luchar!

Vitriolo